

DOMINGO XIX T.O –C–

11/8/2013

Oratorio de san Felipe Neri

Alcalá de Henares

1. La segunda lectura habla de la fe, que es el principio de la vida cristiana. Sin esta fe, no tenemos nada. Ella nos abre los tesoros de Dios y hace eficaces para cada uno de nosotros las obras de la redención de Cristo, que nos llega y nos alcanza en los sacramentos, comenzando por el Bautismo y teniendo como plenitud la Eucaristía. Sin fe todo lo demás no nos vale de nada y será para nosotros hueco y vacío.

2. Uno de los aspectos de la fe es que nos obliga a fiarnos de Dios y a obedecerlo. Es el caso de Abraham, que es citado dos veces en la lectura de la Carta a los Hebreos. Dios lo llama y Abraham da fe a la Palabra que Dios le dirige. Esa fe lo empuja a fiarse de Dios y a obedecerlo: primero le hace ponerse en camino y luego, muchos años después, le hará ofrecer a su hijo Isaac en sacrificio —que como bien sabéis no consumó porque Dios paró su brazo—. La fe nos obliga a tomar como verdadero lo que Dios nos dice, ya sea sobre él, ya sea sobre nosotros mismos, ya sea una orden que nos dé. Nos obliga a fiarnos no porque Dios nos muestre con un argumento racional, o con una prueba científica o con una visión directa, que aquello que nos dice es verdadero o es bueno. No, sencillamente nos obliga a fiarnos de Dios porque reconoce que Dios es digno de nuestra confianza. Nos fiamos de la palabra de Dios en virtud de quien la pronuncia, porque es Dios quien habla, como nos fiamos de nuestra madre, por el sencillo hecho de que es nuestra madre. Pongamos un ejemplo. Cristo viene a decirnos en el evangelio de san Juan que el destino del cristiano no está aquí, sino en el seno de la Trinidad, en el cielo, junto a él: «Cuando vaya y os prepare sitio, volveré y os tomaré conmigo, para que donde estoy yo, estéis también vosotros», nos enseña que la Trinidad es nuestra meta, que es nuestro verdadero hogar, nuestro verdadero bien. Pero no nos proporciona una visión clara de lo que será aquello, para que nosotros digamos “es verdad, quiero ir allí contigo”. En realidad debemos fiarnos de él. Y lo mismo ocurre con otras verdades sobre Dios o sobre nosotros que él nos ha revelado. Son verdad y nosotros sabemos que lo son, no porque sepamos explicarlas o por que «hayamos visto», sino porque nos fiamos de él. Nos fiamos de él más que de nuestros propios razonamientos, más que de nuestra vista.

3. Eso sí, fiarnos de Dios es razonable porque él nos ha dado muestras sobradas de que es digno de confianza. Para los judíos esa prueba la había dado Dios sobre todo en la liberación de Egipto, a la que hace alusión la primera lectura. Dios prometió liberarlos y lo hizo, se mostró fiel a su palabra, fiel y capaz, fiel y poderoso. Desde entonces los judíos estaban obligados a fiarse de Dios: a veces lo hicieron y a veces no, pero no tenían excusas: Dios les había probado que era veraz y fiel, digno de fe, digno de confianza. Bastaba recordar cómo Dios los había sacado de Egipto, para que supiesen en cada momento de su historia que debían fiarse de Dios y obedecer.

Y si los judíos no tenían excusa para no fiarse de Dios, nosotros menos aún. Porque también nosotros tenemos como muestra aquella hazaña que Dios hizo al sacar a nuestros padres de la esclavitud y, luego, tantas otras. Pero sobre todo porque ante nuestros ojos está constantemente la imagen del crucificado que nos dice que Dios nos ama, que nos ama hasta la muerte y que además ha vencido la muerte con su resurrección. Si no nos amase, podríamos dudar, pero la cruz golpea nuestro corazón con esa verdad, no a través de palabras bonitas, sino de duras obras. Si no tuviese poder, podríamos pensar que debemos buscar nuestro propio camino, pero la resurrección del crucificado y su victoria, nos llenan de confianza. Por tanto, no tenemos excusa para no confiar.

4. Las palabras del evangelio de hoy nos invitan a renovar esta confianza inicial en Dios y en su Hijo Jesús: «No temas pequeño rebaño, porque mi Padre ha tenido a bien entregaros a vosotros el Reino». Estas palabras hacen alusión al cariño de quien las dice y a la cuidado que ejerce quien las dice con respecto a nosotros. El es el pastor que cuida de su pueblo, que nos conduce por donde es preciso para que alcancemos la verdadera meta de nuestra vida, allí donde encontraremos descanso y alimento verdadero para el alma, saciedad para nuestro espíritu en Dios, en su amor. Y hacen alusión también a la determinación de Dios de llevarnos con él. Es muy posible que, a pesar de los muchos años como cristianos, aún nosotros no nos hayamos determinado a llegar hasta Dios, pero lo que está claro es que Dios se ha determinado por nosotros.

Lo que Jesús dice a continuación nos puede parecer duro o difícil, pero no podemos olvidar quién nos lo dice aquel que nos ama, que ha muerto por amor nuestro y nos ha abierto las puertas del paraíso. ¿Qué nos dice? –Tres cosas fundamentales:

5. Primera: «Vended vuestros bienes y dad limosna...» En línea con la advertencia del Domingo pasado contra el peligro de convertir las riquezas en un ídolo. Debemos obedecer y usar nuestros bienes, los que tanto nos cuesta ganar, para hacer el bien, para amar, para servir a los pobres. Es así de sencillo. No debemos dejarnos engañar por el egoísmo ni por la avaricia. Fiémonos de Dios.

6. Segundo: debemos vivir vigilantes, esperando... ¿qué? A Dios. Debemos obrar aquí la caridad —lo que decíamos antes— pero con los ojos en el cielo, con el corazón y el deseo de nuestra alma en Cristo, con el amor esperando entrar a gozar de la vida eterna. Esta vigilancia, esta espera, tiene mucho que ver con la oración, con mantener el diálogo con Dios hasta que le veamos cara a cara. A un cristiano no lo distinguen sólo las obras, las obras de amor sincero con el prójimo, sino también esta espera del cielo. San Agustín decía en una homilía a los que tenía delante que era increíble que se llamasen cristianos y luego se horrorizasen ante la idea de morir; más que a Dios, amáis vuestros pecados —les decía—, por eso la idea de la muerte os llena de tristeza o de miedo. Por eso el Señor nos advierte: vigilad, que el corazón no se apegue a este mundo, que no confunda cual es su verdadero bien, que esté esperando a su Señor.

7. Después de estas dos advertencias, Pedro le pregunta a Jesús, si sus palabras van dirigidas a todo el grupo de los discípulos o sólo a los apóstoles. La respuesta de Jesús viene a decir: “Es para todos, pero para vosotros más”. Porque se pide a todos los cristianos que juntos, como pueblo de Dios espere y camine hacia su Señor, pero en este pueblo Dios ha elegido a algunos como siervos de sus hijos, no como señores, sino como siervos, como criados. No son criados del pueblo, sino de Dios, pero son criados de Dios para servir a los hijos de Dios. Y, si todos corren el peligro de idolatrar las riquezas y de apegarse a las cosas de este mundo y olvidarse de esperar al Señor, estos criados más, y sentirán entonces la tentación de convertirse en señores y de querer, de una manera o de otra, servirse del pueblo al que debían servir. Por eso la vigilancia que estos siervos deben prestar es mayor: «Al que mucho se le dio, mucho se le exigirá; al que mucho se le confió, más se le exigirá».

8. Aplíquese cada uno esta frase y obre y vigile en la medida de los dones que de todo tipo ha recibido de Dios. Oremos unos por otros, para que todos nos mantengamos libres de la idolatría, obremos la caridad y mantengamos el espíritu esperando confiadamente a nuestro Señor

Alabado sea Jesucristo
Siempre sea alabado

P. Enrique Santayana C.O.